

GARCÍA PÉREZ, David, *Prometeo. El mito del héroe y del progreso. Estudio de literatura comparada*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, 317 págs.

Conocí a David García Pérez en la clase de Literatura comparada que imparto en el posgrado en letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. En ella suelen a veces conjuntarse dos fenómenos poco frecuentes: la pasión por la literatura como una forma de vida y la originalidad en la percepción. Cuando esto ocurre, las sesiones en la universidad trascienden el ámbito de lo académico y contagian la vida y la escritura de una fuerza electrizante que genera, en varios sentidos, alta tensión. De esa chispa original salió un trabajo que tardaría mucho en gestarse. Primero fue un trabajo final, luego una tesis doctoral y ahora un libro. Un magnífico libro que recorre las distintas etapas de Prometeo y sus distintos nombres y disfraces. Un viaje analítico por las transfiguraciones temáticas y estilísticas de un mito que atravesando siglos se ha mantenido vivo, desde la antigüedad griega hasta los superhéroes de los *comics* posmodernos.

Prometeo como personaje es extraordinario. Desafía a los dioses, les enseña a los seres humanos a no creer ciegamente en la divinidad; roba el fuego a las deidades para llevarlo a los pobres mortales y por eso da origen a la ciencia y al progreso. Pero también a la rebeldía y a la libertad. En sus metamorfosis su actividad adquiere

---

PALABRAS CLAVE: *comics*, Grecia antigua, literatura comparada, mito, Prometeo.

RECEPCIÓN: 14 de septiembre de 2007.

ACEPTACIÓN: 15 de octubre de 2007.

un sentido simbólico distinto: los motivos literarios que lo componen como mito se reconfiguran y adaptan al contexto de la época que lo evoca. Incluso se acomoda a géneros distantes al que le dio vida y, no obstante, su fuerza como emblema permanece inalterable. Éstas son apenas algunas de las razones que hacen de su estudio como enigma un trabajo necesario. Para que el autor pudiera hacer un recorrido por las etapas emblemáticas de esta figura tuvo que enfrentarse a muchos problemas. Además del conocimiento de las obras griegas que leyó en la lengua original, tenía que conocer las diferencias temáticas a que dan lugar los géneros en que Prometeo ha sido volcado, los distintos contextos en que fueron leídas, la intención que tenían cada una de las obras donde aparecía como tema central. El punto de partida y referente hipotextual fue el contexto de la tragedia griega que le da origen, pero luego había que acudir a la tradición moderna en lengua francesa que lo revisita y lo actualiza. García Pérez se dio a la tarea de leer a Gide y a Camus, dos autores de la modernidad, para ver cómo encarnaba este mito en una época tan convulsa, donde la búsqueda de la libertad en el existencialismo adquiere connotaciones políticas e ideológicas muy distintas. Finalmente, leyó a Umberto Eco y acudió a los *comics* de los superhéroes del capitalismo de los años 50 en Estados Unidos a fin de observar su función como propagadores de un ideario dentro del sueño americano. Y comparó todas estas obras y vio cómo se reconfiguraba y se actualizaba en cada etapa el mito prometeico, uno de los más dúctiles en nuestra cultura occidental. Esto no es poca cosa.

Ya desde que inicia con el mito de Prometeo para los griegos, David García se enfrenta a un problema grande. La literatura griega no tuvo siquiera el concepto de literatura nacional (a pesar de que nosotros así la vemos), porque lo que había entonces eran varias *poleis*, diversas todas, de modo que desde sus inicios el mito tenía ya variantes (pp. 19-21, 30-32). De ahí que la lectura que se desprende en cada caso ofrece una dirección disímbola: en Hesíodo, de temática más religiosa; en el propio Hesíodo y en Platón/Esquilo/Luciano se inclina a una más didáctica, y en Gide/Camus, finalmente, a una más filosófica (pp. 35-36).

Por la naturaleza diacrónica del mito, el trabajo de García Pérez atraviesa varios géneros y al hacerlo, disecciona los rasgos esencia-

les de la épica, el diálogo, el ensayo filosófico, la tragedia, la “sotie” y el *comíc*. Demuestra, al hacerlo, cómo en ciertos casos el hecho de que varíe el género hace que el concepto mismo de Prometeo se transforme como mito. Y por ello, aunado al solo interés tematológico está el genológico: cómo es que el cambio de un género hace que cambie un contenido (pp. 36, 174).

Ya desde el inicio de la exposición, en los apartados que se refieren a la *Teogonía* y a *Los trabajos y los días* (pp. 68-71, 83-102), se encuentran datos que como lectores no especializados en la época, si ése fuera el caso, nos parecen fascinantes. Además del hecho de saber que el mito prometeico es uno que comparten varias culturas, nos sorprende que los hombres (y los Titanes) se reúnan para ver cuáles son los derechos y las obligaciones de los dioses; que le digan al dios (o que lo piensen): si te propasas como dios, tendré que hacer algo. Una actitud impensable como simple idea (una democracia que fusiona lo real con lo fantástico o lo religioso) en nuestros días. Un derecho que no escinde el plano humano y el divino y que legitima la actuación inicial de Prometeo. Responder a una injusticia de la máxima autoridad validando el engaño. Un tema filosófico para ser pensado: ¿Por qué a partir de las religiones monoteístas habremos inventado dioses a los que no podemos reclamar sus injusticias?

Permitir, como posibilidad, dentro de un sistema ético y de representación, el robo del fuego divino para llevarlo a los hombres no quiere decir que Zeus no reaccione a ese acto justiciero con una venganza terrorífica: el castigo a este acto consiste en que diariamente las entrañas de Prometeo serán devoradas por unas aves rapaces y por las noches esas mismas entrañas se restituirán para ser devoradas de nuevo al día siguiente. Sólo puede pensarse, como hecho imaginativo, en un castigo aún peor. En *Los trabajos y los días*, esa espléndida obra que explica el por qué de nuestros afanes humanos, los dioses se reúnen (más tarde lo harán las *hadas madrinas*) para hacer un regalo que, como todo don hecho por un dios, tiene dos caras. El presente será Pandora, la mujer que es el premio de los hombres, a quien Atenea, Afrodita y Hermes han acicalado y bendecido con dones cuando menos cuestionables para quien reciba semejante regalo en prenda. Para hacer a la mujer más atractiva, Hermes le concede la mentira y la facilidad de palabra y con ella justifica las penalidades que pasan los hombres en esta vida. Por

ello, “Prometeo es uno de aquellos mitos que le recuerdan al hombre la miseria de su existencia, pero sin quitarle la esperanza de que pueda vencer a los dioses o a la muerte”, según el autor sostiene en su ensayo (pp. 16-17). Falsa esperanza, digo yo, al conocer el castigo que acompaña siempre esa osadía. Y no obstante, Prometeo, para nosotros, según la antigüedad clásica es y será siempre el dios de la rebeldía y la filantropía.

En la Modernidad, en cambio, esta interpretación da un giro de ciento ochenta grados. ¿Cómo podemos pensar en la libertad en un tiempo que ha vivido dos guerras mundiales y donde la esperanza y la rebeldía suelen más bien estar ocultas bajo una sombra de fracaso nihilista? Tal vez por eso es que Gide, para emplear la historia de Prometeo, elige escribir una “sotie”, una sátira, para probar que faltaba un elemento en el mito: la conciencia que ata y tortura al ser humano, en vez de hacerlo libre. A su obra la titula, *Prometeo mal encadenado* y con ello ya abre un distinto resquicio a la esperanza. En la obra de Gide, nos dice García Pérez (pp. 174-211), Zeus es el arquetipo del millonario gordo, en ella se burla de sus cualidades, hay un camarero (mesero) o un dispensador de conciencias y los dos amigos, Cocles y Damocles, los arquetipos de quien no hace nada en la vida, y quien quiere hacer algo bueno para ser reconocido. Gracias a ellos, Prometeo aprende sobre el valor del Acto Gratuito.

El magnífico estudio de David García Pérez nos explica luego la idea del “crimen lógico”, un tema muy actual aunque haya nacido con los nihilistas. Si Dios está muerto, piensan en esa época de posguerra, entonces todo está permitido, incluido el crimen. Camus en cambio plantea que la necesidad del asesinato es un absurdo. Toda la obra de Camus, en realidad, demuestra los horrores que se pueden cometer en nombre de una lógica. Estudia el absurdo tras las guerras no para justificarlo, sino como un paso para construir la conciencia. El Prometeo de la antigua Grecia pretendió salvar al hombre al darle el fuego y enseñarle las diversas técnicas. Para Camus, el nuevo Prometeo debe salvar al hombre ahora, y lo debe salvar de una vida sin sentido (pp. 211-244).

Qué actual nos suena. Qué contemporáneo. Cuál es ese Prometeo, ese héroe actual que puede salvarnos de la vida sin sentido, en un tiempo en que no creemos en el compromiso político, moral,

social, en que descreemos de la palabra democracia, en que volvemos a la religión o las religiones o los diluidísimos sermones de autoayuda que se hacen pasar por sistemas religiosos que recuperen el sentido de una vida que parece estar fundada en el hedonismo narcisista y en el sálvese quien pueda.

Las ideologías o sea las razones de cada época, dice Camus, nos impiden asomarnos a lo alto del muro y mirar la libertad que está del otro lado. El absurdo de hoy está en defender posturas bárbaras, nos dice. Para él, Prometeo (el humano rebelde) se define por su empeño de alcanzar la libertad:

El Prometeo de la antigua Grecia pretendió salvar al hombre de la muerte al darle el fuego y enseñarle las diversas técnicas. Camus parece demostrar que el nuevo Prometeo debe salvar al hombre, ahora, de la vida sin sentido, de sus actos absurdos que se justifican en la racionalidad: asesinato y rebelión son formas análogas de suicidio y absurdo, los cuatro conceptos son dirigidos por Camus hacia una interpretación del hombre rebelde de todos los tiempos, incluso de los futuros Prometeos, quizá para descubrir una tapia a la que sólo es posible subirse y mirar por encima de ella: la libertad (p. 214).

En cierto modo, es lógico entonces, que frente a esta postura, García Pérez asuma una visión tan crítica respecto de los superhéroes de la posmodernidad (pp. 245-255). Al leer su estudio, da la impresión de que hasta aquí está de acuerdo con el mito de Prometeo. Y que a partir de entonces, lo que hay es la utilización del mito de Prometeo en los superhéroes para reafirmar los peores valores: el conformismo, la defensa del *status quo*, el capitalismo. Lo primero que nos aclara, al hablar de superhéroes como Superman o Batman (pp. 255-269), es que se trata de héroes con dos caras, cosa que ya sabíamos, pues los hemos visto cambiarse de ropa para adoptar su verdadera identidad. Pero luego, el autor explica algo que no sabíamos: que ya este fenómeno de la doble identidad se veía en el rito antiguo. Que cuando Superman o Batman hacen visible una de sus personalidades por el cambio de indumentaria están acudiendo a una práctica antigua: el paso de un estado pagano a otro totalmente sagrado o trascendental:

La vestimenta y la forma de vestirse de la antigüedad se puede conjeturar como una de las estructuras de todo el ritual; pero tal estructura

se va ajustando a la brevedad del tiempo que impone la época contemporánea. A Clark Kent le bastan unos segundos para transfigurarse, a diferencia del sacerdote antiguo, pero la finalidad del ritual sigue siendo la misma: la transformación señala la diferenciación cualitativa entre el hombre común y el héroe, o entre el héroe y el dios, y evidentemente entre estas distinciones también es posible encontrar matices internos que jerarquizan a los sujetos (p. 49).

Y una vez que ha hecho la comparación de los motivos semejantes en los héroes de hoy y los de hace dos mil años, el autor comienza a separar a unos y otros, a desacralizar a los superhéroes actuales y llega incluso a decirnos que en ellos “no hay justicia, sino justificaciones”, que son premisas del autoritarismo, que son, en fin, una imagen del discurso oficial (p. 258). Después de tratar tan mal a estas figuras tutelares de los medios masivos y del *comic*, García Pérez describe las cualidades heroicas para convencernos. Nos dice que los superpoderes en ellos serían la parte externa de los antiguos héroes —la fuerza de Hércules, la rapidez de Aquiles, los artificios de Medea— que sólo han sido transpuestos a la fortaleza de *Herman*; la velocidad de El hombre nuclear, etcétera (pp. 257 y ss.). Los héroes clásicos, afirma, representan una evolución cultural. Nos sirven para crecer, moralmente. La tragedia que viven es un vehículo de enseñanza. Por ejemplo: la tragedia de Edipo demuestra la fragilidad de la confianza que el hombre puede tener en sí mismo. Nos demuestra que somos terriblemente frágiles. En cambio, los superhéroes no producen ninguna tragedia; sus apuraciones son inmediatas y no trascendentales. Hoy día, el héroe prefiere la gloria efímera al compromiso consigo mismo y con la colectividad. Superman o el hombre de éxito no aparcará su auto en un lugar prohibido; no organizará una revolución, porque su objetivo no es llevar al ser humano a la libertad que para él está ya dada en el sistema “democrático” de los Estados Unidos. Y su conclusión es lapidaria: lo que los superhéroes hacen es confirmar y recordarnos las formas de convencernos de los sistemas totalitarios; su misión (la de los superhéroes) es resguardar la libertad institucional.

En efecto, Superman y los superhéroes a los que este estudio hace referencia pertenecen a una generación y llegan sólo a una época, a la de los años 50, que son los años más conservadores que vivió el sueño americano y, en efecto, Superman y muchos de los

Superhéroes de los *comics* nacidos con el siglo xx tienen como propósito resguardar la seguridad institucional y hacer sentir al lector, o al espectador, que vive en un mundo seguro, donde los malos están afuera y hay alguien que vendrá a encerrarlos. Que vive en el mejor de los mundos. Pero a partir de los años 80, los así llamados géneros paraliterarios y masivos dan un giro. Hay *comics* actuales que son sorprendentemente contestatarios, extraordinariamente críticos y estéticamente irreprochables. Ciertamente que la mayoría son de origen galo y los más revolucionarios son de origen belga. Pero hay también en la tradición anglosajona ejemplos que prolongarían la propuesta de este trabajo y que revalorizarían a Prometeo como función. Demostrarían que el papel del superhéroe de estos medios fuera del *establishment* sigue siendo objeto de crítica cuando no de burla. Que el concepto mismo de “héroe” ha sido tomado por los gobiernos y las instituciones, y que el villano o el mal se encuentran justo dentro de sus instituciones y su sistema policiaco. Una parodia del superhéroe del *comic* en México data ya de varios años y es la hecha por Rius en una serie que tituló “Los supermachos”. Por otra parte, los héroes masivos del Star System, representados por figuras de los cantantes de rock (un ejemplo es el Space Cadet, cuyo creador es David Bowie) hacen ya la crítica del héroe de masas institucionalizado.

Pero éste es otro capítulo. La idea (genial, titánica ella misma, rigurosa) y la muy erudita realización de esa idea, la de viajar, junto con Prometeo, a lo largo de los siglos por varias de sus metamorfosis han dado lugar a un libro que yo recomiendo sin reservas y al que le auguro un gran futuro, como objeto de consulta, de aprendizaje, y por qué no, de placer.

Rosa BELTRÁN